

NORBERT BILBENY

Fracasados

Un grupo de amigos van a cumplir o han cumplido ya treinta y siete años en este de 1990. Uno de ellos tiene el cabello blanco y todos están a las puertas de la llamada "crisis de los cuarenta". Sin casi haberse dado cuenta —su actividad se lo ha impedido— habrán pasado de la conciencia de eternidad de los veinte a la de caducidad que asalta y a veces tumba al doliente cuarentón. El caso es que uno de estos amigos es ya un escritor de cierta notoriedad y con alguna obra traducida a otros idiomas. Del mismo grupo es un próspero empresario que no quiso seguir estudiando y supo aprovechar con ingenio el taller de carpintería que le legó su padre al quedar éste inválido.

El tercero es un artista nato metido, sin embargo, en la publicidad, "pro panem lucrando". Ha conseguido montar un par de exposiciones de sus cuadros, su estudio es una verdadera fábrica de la imaginación, pero su vida de artista sólo se nutre de la ilusión. Está obsesionado últimamente con la idea de su fracaso, me cuenta —soy el cuarto miembro de este grupo—, aún cuando observa el éxito, la fama de otros autores de nuestra generación.

Parece que el único plazo fijado para triunfar o imponer uno su propio talento esté hoy necesariamente centrado en el decenio de los treinta. En política, finanzas, profesiones, artes, quien no se haya hecho un nombre al filo de la cuarentena pasará a engrosar las filas del anonimato y de los que habrán de resignarse a la áurea medianía. Para un artista el presentimiento de este futuro inmediato en una especie de colonia de pingüinos es angustiante e incluso paralizador. Mi amigo pintor me recita estoicamente algunos nombres de

autores que antes de cumplir treinta y siete años estaban en lo mejor de su carrera o la habían concluido ya: por ejemplo, los escritores Shakespeare y Joyce; los pintores Velázquez y Modigliani; los músicos Bach y Mozart; los cineastas Eisenstein y Wenders; los científicos Copérnico y Einstein; los filósofos Heidegger y Wittgenstein... Dice que un artista de su edad sin una obra conseguida de creación tiene el mismo contrasentido que una máquina sin movimiento, un árbol sin

NORBERT BILBENY, profesor de Ética de la UB

vida, un autor, en fin, sin obra. La obsesión de su fracaso le llena también la cabeza de una sensación de esterilidad, de tener la mente "seca". Pero no veo claro, le contesto, que una cosa implique la otra. Digo más: que ninguna de las dos nociones, y menos la de fracaso, tenga que ver algo con la vida del artista. Es una idea que no casa con su oficio ni con la creación en cualquier campo. Si lo es verdaderamente, el artista no persigue el triunfo como meta principal, al revés de muchos deportistas, gentes del espectáculo y todos aquellos que apuestan a las carreras, a la bol-



AVALLONE

sa y a las novias de una noche. Está claro que el fracaso es una cosa que sólo atañe a los que han inventado el éxito, eso tan egoísta como etéreo.

Sin embargo, el pintor al que me refiero se sigue sintiendo un fracasado. Quiero apurar mis argumentos y sé, además, que los espera. Le recuerdo que a partir de los personajes trazados por Flaubert, y luego con cierta clase de cine, el héroe "negativo", el fracasado, se ha ganado una figura entre el repertorio de los modernos. Que la sensación de fracaso es positiva si ayuda a un replanteamiento mental, a un "brain storming" que, sin

duda, será más positivo que esperar, mano sobre mano, la inspiración de las musas. Que el fracasado, a diferencia del triunfador absorbido por la acción, no está ausente del paso del tiempo. El triunfo le hubiera puesto al final del tiempo sin haberlo disfrutado ni quizá sentido nunca. Que hay, le insisto, otras compensaciones personales en la vida que ésta del éxito, sea uno artista o no. Pero mi querido amigo mueve el pie, nervioso, y dice que todo eso es teoría: a él nadie le quita su deseo de destacar como artista y su tremenda realidad de haber consumido más de media vida activa sin haberlo conseguido. Recorro entonces a los argumentos de la experiencia artística. Camus fue a recoger el Nobel en plena crisis de creación, a la que no veía salida. Peor aún, Hemingway, en plena cumbre, se mató de un tiro. Van Gogh, Kafka, Walter Benjamin, no rozaron la más mínima sensación de éxito en su vida. Pero sobre todo el buen artista no se duerme en los laureles de la fama. Goethe, Stendhal, Verdi, tomaron cada obra como si fuera la primera. John Huston, Picasso, el mismo Bertrand Russell, fueron autores librados a una constante y proteica investigación. El artista tiene éxito, ¿y qué entonces? Le habrá servido para comer, ya es mucho, y todo lo más para halagarle. Pero si hubiera partido de una idea tan espuria o se hubiera detenido en ella no habría sido seguramente lo que es. Con éxito o sin él, lo que acaba de definir al artista es esa confianza en sí mismo que da el íntimo e impagable sentimiento, por más tarde que sea, de que la gran obra se va a presentar al día siguiente. No debe andar demasiado lejos la experiencia del científico y la del filósofo.

Todo eso escuchaba mi amigo, quien me dijo, al final, que seguía sin convencerle con mis argumentos. Pero debo decir que es una persona desconcertante. Como otras veces, me hizo pasar a su estudio. Sus ojos le brillaban cuando me comentaba sus últimos cuadros. ¿Por qué se quejará de fracaso alguien con una experiencia tan vivida como la suya? Le hice separar unas telas y me quedé mirándolas en silencio. Él esbozó una sonrisa de adolescente. Volviendo a casa hice recuento y sumé que entre amigos y conocidos habría vendido más de medio centenar de cuadros, y no es broma. ●

El ocaso de nuestras aves

JOSÉ LUIS GALLEGO GARCÍA

La situación que está viviendo la desembocadura del Guadalquivir como centro de especulación urbanística es grave. Para todos los países amantes de las aves resulta incomprensible cómo en España, lejos de conservar los lugares donde estas maravillas aladas nos regalan su presencia, no reaccionamos ante el intento de la sempiterna minoría de negociar con el paisaje ibérico. Y muchos se preguntarán acerca del relativo significado que para ellos pueda tener un mundo con o sin aves montaraces. Es evidente que el que cada uno quiera darle.

▼
Pero por encima de nuestra relación con las aves, está la conciencia de que nuestro más común patrimonio, recogido de nuestros antepasados como testigo de su historia, debe ser también un derecho del que queremos desposeer a las generaciones venideras.

En el norte y centro de Europa, muchos niños inquietados por el auge de lo "verde" preguntan a su abuelo quién era el habitante de los más de un centenar de viejos nidos de cigüeña que son conservados como triste testigo de su presencia. Para ellos, el valor de ese ser mitológico se eleva a la leyenda. La leyenda de cuando a los campanarios

JOSÉ LUIS GALLEGO GARCÍA, naturalista

y torreones de Alemania, Holanda o Dinamarca, por San Blas, también llegaban las cigüeñas.

En España, muchos niños asisten cada año al increíble hecho de ver cómo en aquel montón de ramas secas que hay sobre el tejado de la iglesia "aterizan" unas hermosas criaturas blancas y negras con aspecto de grácil dama.

Asombrados, descubren que en el cielo viven también animales tiernos y llenos de belleza. En ellos, como en todos nosotros algún día lo hizo, ha calado la atracción hacia los animales que vuelan. Podemos dejarnos llevar por ese nómada que llevamos todos dentro, trasladarnos hasta las cumbres o descender hasta las cuencas, relajarnos en el simple ejercicio de hacer nuestras sus alas, cortar el viento con sus plumas acoradas, otear, subir y subir hasta perder su imagen. El acercarnos a ellos es el retornar a nuestra condición de señores de la naturaleza.

Nuestra verticalidad nos dio la oportunidad de contemplar el medio ambiente desde una posición privilegiada para con las aves. Sus requiebros parecen a menudo una ofrenda a nuestra mirada. Para los que de alguna manera hemos unido nuestra vida a la de estas criaturas, su contemplación es una evasión y un retorno a su mundo, que sin duda no es otro que el que algún día, en los orígenes, nos acogió a todos.

La existencia de las aves silvestres aún hoy en día, entre contaminantes, incendios, mareas negras y

accidentes nucleares, desecaciones y agujeros en el ozono, depende de la voluntad que tengamos en no perder su presencia junto a nuestras ciudades, pueblos y campos. Y esa voluntad requiere el mínimo esfuerzo de no exterminarlas; de respetar las zonas húmedas donde nifican el mayor número de ellas, quizás las más hermosas, de no esquilmar sus recursos y reducir urgentemente esta locura por "urbanizar" todo nuestro paisaje.

La ornitología es la ciencia que estudia todo lo concerniente a su desa-

**DOÑANA HA SIDO
reconocido como punto
de descanso para
las aves europeas
de migración africana**

rrollo. Los ornitólogos están seriamente preocupados por el devenir de los próximos años.

Si continúa nuestra ciega evolución en relación a ellas, posiblemente tengamos que mantener en el recuerdo a todas nuestras aves rapaces (halcones, águilas, milanos, etcétera) y aves palustres (que habitan el medio acuático), y poco a poco conformarnos con nuestros canarios y periquitos.

¿Cómo evitarlo? Para empezar,

no acelerándolo. Doñana debe de ser reconocido por todos como reserva integral. Quizá dentro de unos años resista un poco de presión humana, pero hoy en día el coto se halla en una delicada situación hídrica y cualquier presencia urbana sería caótica.

Doñana ha sido reconocido a nivel mundial como un punto de descanso y recuperación vital para todas las aves europeas de migración africana.

Cualquier ave velera que abandona Escandinavia para llegar a las sabanas y estepas del Kilimanjaro tiene su paso y su descanso en tierras andaluzas. Y ello nos debe de ser un orgullo. Entre las aguas de nuestra marisma se teje la vida en la vieja Europa.

Otros puntos en nuestro territorio encierran igual tesoro y temen igual futuro; Daimiel, Gallocanta, Monfragüe, delta del Ebro, etcétera. Y es que en España, para orgullo de amantes de la naturaleza y penuria de especuladores, cada una de las diecisiete comunidades que convivimos encierran uno o varios espacios vitales para las aves, y eso es una enorme asignatura.

En un país que está aceptando tantas responsabilidades, la primera de ellas es la de dejar un paisaje a las generaciones venideras como el que hemos recibido y en el que las aves, a las que estamos empezando a negar las expectativas de supervivencia, nunca dejaron de surcar los aires y alegrar las tierras. ●

América

ALFREDO RUBIO

Se viene hablando mucho del Quinto Centenario del mutuo encuentro con ese continente que luego llamaron América. Las diversas ideologías, tantas veces enfrentadas entre sí en la historia de nuestro género humano, al igual que las múltiples políticas entrelazadas de variopintos intereses contrapuestos, quieren manipular esta conmemoración, naturalmente desde sus puntos de vista y conveniencias.

Se comprende. Estamos en un mundo de rivalidades y luchas y por ello esos forcejeos son incluso previsibles. Pero ese histórico hito creo que es —por encima de las discusiones con los italianos sobre el origen geográfico de Colón, glorias ibéricas o lamentos y virtudes indigenistas— una gran fiesta de la Humanidad toda, que debe ser celebrada a ese tenor.

Los viajes del descubridor abrieron pronto el rumbo para que Juan Sebastián Elcano dejara bien demostrado que la Tierra era redonda. Una bola girando alrededor del Sol. Atrás quedaba el lóbrego misterio de esos océanos de los que tanto europeos como americanos desconocían sus límites y parecían desaparecer engullidos por la nada. Se desva-

ESTAMOS

en un mundo de
rivalidades y luchas y
por ello esos forcejeos
son incluso previsibles

neceía lo ignoto de donde se asentaba la Tierra concebida como una gigantesca plataforma, y el mismo fondo de los mares. Acabóse el mítico geocentrismo. La Humanidad se abrió a la comprensión científica de nuestra casa común. Se realizó, al fin, la praxis de la profética revolución copernicana. Fue un hallazgo definitivo que a todos concierne. Y que tomó, incluso, lo más profundo de la identidad del hombre y nuestras concepciones del universo, dando un giro total a la relación del hombre con su entorno natural.

Todo esto puede decirse tanto para los afroasiáticos y europeos como para los aborígenes de ese continente tan dilatado al que ellos no le habían puesto nombre.

Este hemimilenario es y debe ser, más allá de portugueses y españoles, incas, aztecas y tantos otros grupos étnicos de América, una gran fiesta de todos, por haberse aclarado rotundamente nuestra entrañable individualidad planetaria.

¿Qué más querríamos hoy que saber con igual certeza dónde se sustenta el universo, si es plano o curvo; conocer sus límites, esos que no alcanza a ver, sino todo lo contrario, el potente y extraterrestre telescopio Hubbar. Ni podemos demostrar si es o no infinito...!

Al menos, en cambio, desde hace quinientos años, tenemos la certeza de cómo es la Tierra en donde nos asentamos, en donde se desarrolla la suma infinita de los afanes y sueños de los hombres.

Démoslos, pues, todos con alegría las manos y dejémoslos acuciar por el mundial sentimiento ecológico de conservar y embellecer este planeta nuestro tan hermoso.

Y expectantes, pacientes pero trabajando con todas las fuerzas, tratemos de alcanzar dentro de otros quinientos años o mil, ¡quién sabe!, certezas parecidas respecto al universo a las que lograron con respecto a la Tierra aquellos navegantes intrépidos, para gloria de todos los pueblos, razas y naciones. ●

ALFREDO RUBIO, médico del Ambito María Corral